

COSAS DONOSTIARRAS

Cólera y contrabando

PUES nada, que los telegramas de Rusia se ocupan con extensión de la existencia, en aquellas tierras, del terrible huésped, del cólera.

Los europeos de por acá estamos muy bien, y, afortunadamente, muy libres, por ahora, de tan triste compañía.

Leamos algo del pasado.

Era el año de 1855.

La ciudad donostiarra existía todavía rodeada de murallas.

Y salía y entraba el vecindario por la puerta llamada de Tierra.

El cólera morbo asiático hizo su entrada firme en Donostia por Puerta de Tierra y por encima de las murallas.

En San Sebastián, el miedo había dominado á grandes y á chicos.

Aquel Octubre de 1855, nadie podía dormir tranquilamente, sobre todo, las jóvenes.

En cuanto amanecía agobiaban éstas á preguntas, como todos los días: —¡Ay! Dios, ¿cuántos han muerto esta noche? ¿quiénes son? . . .

Y los padres, para aplacar el clamor de las familias, acertaron á contestar con esta fórmula:

—Atended, y no seáis tontas: De cólera no ha muerto ninguno, y de miedo han fallecido tres . . .

*
* * *

Los coléricos, en cuanto dejaban de existir, eran trasladados, sin pérdida de momento, al cementerio de San Martín y enterrados sin cajas. Después, los féretros eran vueltos á la población.

Claro es, que las conducciones habían de pasar, precisamente, por Puerta de Tierra.

Un día, el oficial del cuerpo de guardia se fijó en cierto detalle que le dió en qué pensar.—Esto es raro—se dijo para sus adentros y al día siguiente, observó con cuidado.

—Pues señor, durante esta mañana siguiente, hasta las doce del mediodía, pasaron por Puerta de Tierra, por delante de la guardia, tres conducciones fúnebres. Al poco tiempo, después de haber dejado los cadáveres en el cementerio de San Martín, volvían varios hombres llevando sobre sus hombros un número de féretros mayor que el que por la mañana había pasado por dicho punto.

—Aquí ocurre algo grave—dijo el oficial, aturdido. Y no pudo resistir al deseo de gritar con entereza:—¡Alto al cuerpo de guardia de Puerta de Tierra! . . .

El capitán acertó.

Los hombres que volvían con las cajas temblaron de terror, y todos quedaron custodiados entre bayonetas.

El oficial mandó á su fuerza abrir los féretros, y, efectivamente, las cajas estaban repletas de contrabando, sobre todo de alcohol.

*
* * *

Del caso se habló largo y tendido durante mucho tiempo.

A algunos fabricantes de mistelas les causó impresión dolorosa el que el famoso contrabando no pasara por Puerta de Tierra. En cambio no les causó nunca dolor el vender á los pobres pescadores aquellas copas de aguardiente infame.

He aquí el cólera y el contrabando.

F. LÓPEZ-ALÉN.

